

SEGUNDO ACTO DE FE

Ana de Lara

28 de noviembre de 2025/ 28 de febrero de 2026

SEGUNDO ACTO DE FE

ANA DE LARA

Segundo acto de fe es una invitación a volver a creer. No en la certeza ni en la promesa de futuro, sino en esa intuición íntima que persiste incluso después de la duda. Esta exposición se despliega como un gesto de insistencia y perseverancia: cuando todo parece haberse desmoronado, cuando el primer intento ya se ha perdido aparece una segunda oportunidad: el punto justo de tensión para sostener el mundo entre las manos.

El uno es fácil, el dos viene después, pero a veces tarda, se hace esperar.

La confianza y la desesperación, la tensión previa y la relajación posterior que sucede al dar en la diana – si se atina. Los colores de la diana son la tríada primaria de rojo-amarillo-azul y todo el resto es imaginación. La escritora María Gainza relata en *Un puñado de flechas* lo que Francis F. Coppola le dijo una noche: «el artista viene al mundo con un carcaj que contiene un número limitado de flechas doradas. Puede lanzar todas sus flechas de joven, o lanzarlas de adulto, o incluso ya de viejo. También puede ir lanzándolas de a poco, espaciadas a lo largo de los años. Eso sería lo ideal, pero ya sabéis que lo ideal es enemigo de lo bueno».

Una espera su turno, intuye el momento, lo arriesga todo lanzando una flecha.

Flecha es una voz que nos llega del francés flèche – arma que se lanza con un arco o ballesta – y esta a su vez de la lengua franca *fleuk[k]a que significaba «la que vuela». Esas flechas anhelantes y voladoras las guardaba Coppola en un carcaj y el árabe andalusí en una aljaba: caja portátil para flechas, ancha y abierta por arriba, estrecha por abajo y pendiente de una cuerda o correa con que se colgaba del hombro izquierdo a la cadera derecha. Del hombro izquierdo a la cadera derecha, del centro hacia atrás. Este movimiento es la señal de la cruz de la arquera: la preparación del gesto para la acción. Aljaba y carcaj: las dos palabras guardan en sí una jota que es una curva sinuosa y un punto, un gatillo, un disparo.

Las obras aquí reunidas emergen de distintos lenguajes –imagen, gesto, cuerpo– pero comparten una misma pulsación: la búsqueda de sentido en medio de lo que ya no responde. Cada pieza es un testimonio de fragilidad y una obra de resistencia. Lo que vemos no es un acto de fe ciega, sino un acto de fe en el movimiento: un impulso que se rehace, que vuelve, que reconoce el pasado y avanza. En este espacio los símbolos se convierten en materia, se pliegan hasta el punto de quiebra pero no se rompen, se

iluminan. Algunas obras convocan la memoria; otras invocan la intuición o el silencio. Todas se revelan en esa coyuntura en la que la artista decide continuar.

El gesto mínimo que se vuelve monumental, certero.

Segundo acto de fe no aspira a dar respuestas, tan sólo sugiere. Propone un territorio donde la mirada del espectador puede distender sus certezas y abrirse al umbral. Cada obra es un nexo entre la caída y el punto muerto; entre lo que ya entendimos y lo que aún no somos capaces de nombrar. El instante vivido en el limbo. Entrar aquí es aceptar que creer no es un estado, sino un proceso. Un movimiento lento, terco, vital.

Un segundo acto que, como todo lo verdaderamente humano, siempre está empezando en el barro de la incertidumbre.

El vértigo del dedo en la cuerda; un vaivén entre el acertar y el fallar.

La paradoja de Zenón o la cuestión del movimiento: la flecha está siempre parada en el aire. Para que se produzca el movimiento, un objeto debe cambiar la posición que ocupa, debe mudar, debe renovarse. En cada momento la promesa de cambio puede ser un acierto o un fallo y es en esa fisura espaciotemporal que una artista viene al mundo y planta una semilla.



Carcaj, 2025. Oleo sobre papel montado en tabla. 22,5 x 30 cm

De la semilla crece un árbol cromático que podemos imaginar como un fresno blanco, que es a la vez largo, recto, liviano, flexible y resistente. El fresno nos aporta la madera para hacer el arco; con la sílice, el hueso, el barro hacemos la flecha. En la muestra, el tiro con arco se presenta como una metáfora del acto de pintar, un proceso tenaz y primitivo, preciso y azaroso.

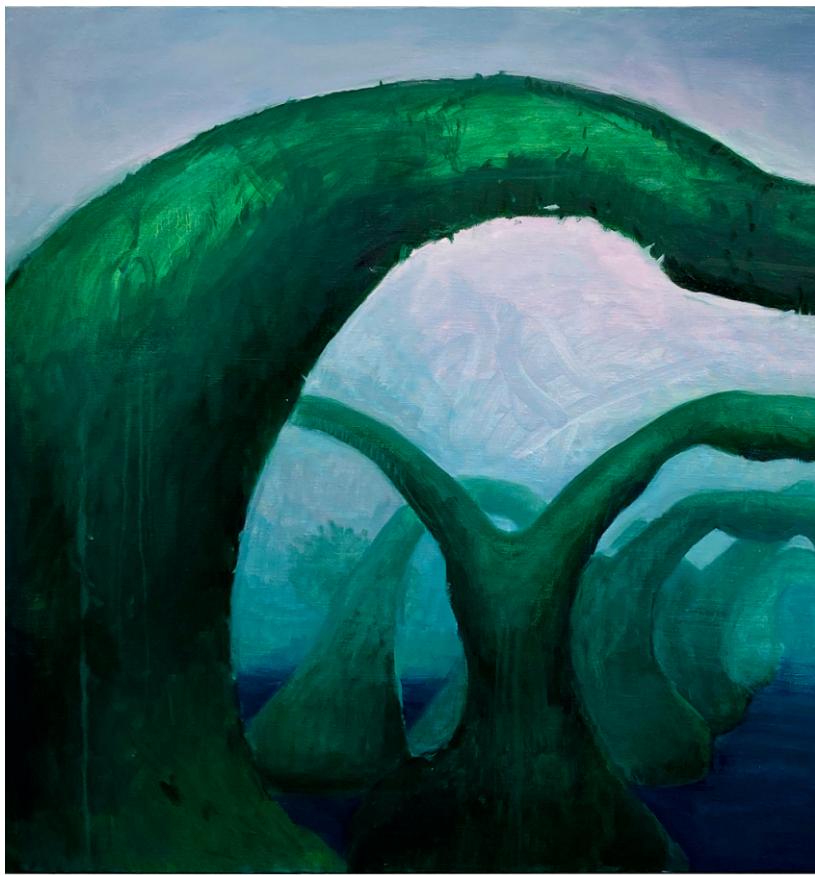
Sostener, apuntar y lanzar requiere atención, confianza, tesón. Deepika Kumari, arquera india que de niña se entrenaba tirando piedras a los mangos, es la número uno del mundo de tiro con arco y la única pieza de metal que se le resiste es la medalla olímpica. Pensamos en los Juegos Olímpicos de París, en los que la arquera surcoreana Kim Ye-Ji, futurista y cuidada, gana la plata. Queda segundo también el arquero turco Yusuf Dikeç con su estilo relajado y casual. El oro no es importante. Sí lo es para David Lynch quien en su libro Atrapa el pez dorado aboga que las ideas son como peces y que los grandes, los de la medalla de oro –los que transforman una obra– viven en aguas profundas. Como artista hay que cultivar con paciencia las profundidades intuitivas, la mente quieta, la flecha en suspense es una condición sine qua non para la creatividad.

El proceso creativo como una experiencia sagrada.

En conjunto, las piezas conforman una reflexión visual sobre la puntería y la lucidez en el fallo. Esa misma tensión entre cálculo y azar atraviesa el lenguaje pictórico de Ana de Lara.

María Quiroga





Regreso a un paisaje especular (jardin). 2023. Oleo sobre lino. 116 x 97 cm.

Ana de Lara (Córdoba, 1997) es graduada en Bellas Artes por la Universidad de Sevilla (2019) y máster en Arte: Idea y Producción (2020) por la misma Universidad. Ha recibido diferentes reconocimientos, como la Beca de la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores (2020), la Beca de residencia de MAC Florencio de la Fuente (2022) o la selección en la Bienal Universitaria de Artistas Andaluces BIUNIC (2021). Además, ha expuesto de forma individual en Magasé (Sevilla) con la muestra PLANTASIA (2023) y ha participado en exposiciones colectivas como Adentro/Afuera en la galería el Chico (Madrid) o En todo lugar, memoria y deseo en la Fundación de Artes Plásticas Rafael Botí (Córdoba). Su obra forma parte de colecciones como la de la Fundación Antonio Gala, la Universidad Loyola o la Universidad de Sevilla.



Segundo acto de fe (escrito por la artista)

La confianza y la desesperación, la tensión y la posterior relajación que se suceden en el acto de apuntar y dar en la diana –si se tiene puntería–. La escritora María Gainza relata en “Un puñado de flechas”, lo que Francis F. Coppola le dijo una noche: «El artista viene al mundo con un carcaj que contiene un número limitado de flechas doradas. Puede lanzar todas sus flechas de joven, o lanzarlas de adulto, o incluso ya de viejo. También puede ir lanzándolas de a poco, espaciadas a lo largo de los años. Eso sería lo ideal, pero ya sabes que lo ideal es enemigo de lo bueno».

Esa misma tensión entre cálculo y azar atraviesa el proceso pictórico, que se sostiene entre la intención y el resultado. En la muestra, el tiro con arco se presenta como una metáfora del acto de pintar: un proceso tenaz y primitivo, preciso y azaroso. Sostener, apuntar y lanzar requiere atención y confianza, un acto de fe. La serie reúne piezas que evocan distintos momentos del tiro con arco o de la caza: el arco, el carcaj, las puntas, el impacto, la diana. En conjunto, las piezas conforman una reflexión visual sobre la puntería, el error o la lucidez.



Colaboran:



XUNTA
DE GALICIA

A CONTEMPORÁNEA

ASOCIACIÓN DE GALERIAS DE ARTE CONTEMPORÁNEO DE GALICIA